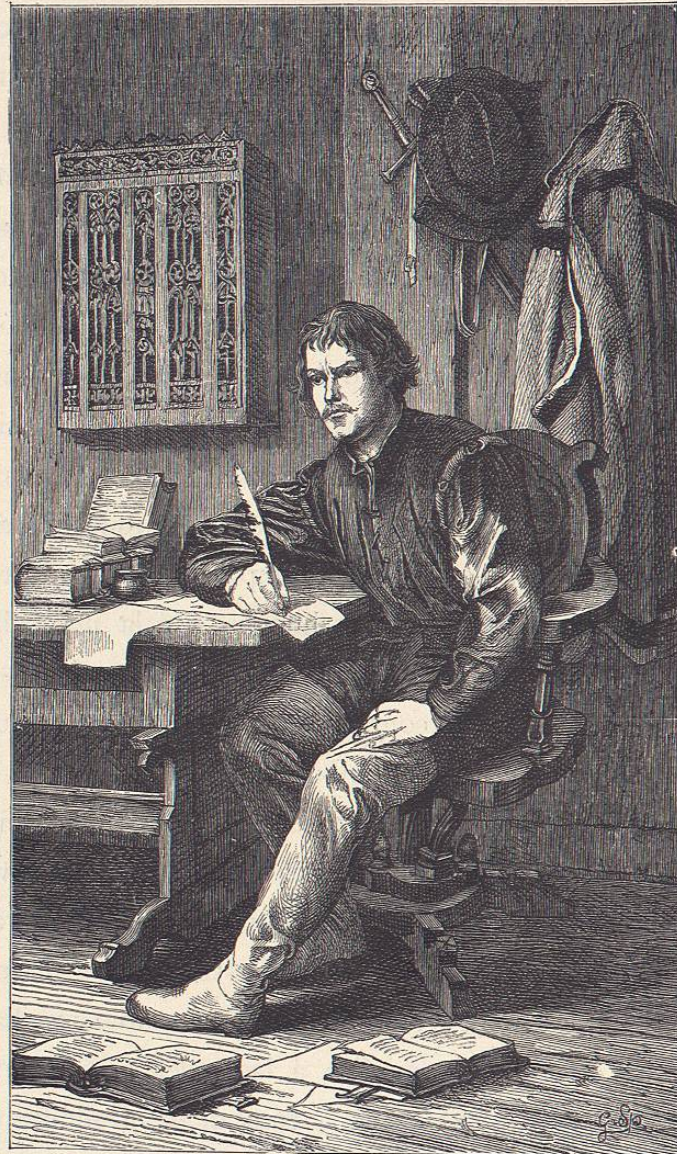


pueda, dijo, mate, pegue y degüelle á los campesinos») tiene algo de repulsivo y odioso, y el convenio hecho con los príncipes á costa del pueblo para asegurar su reforma eclesiástica, algo de precipitado y hasta egoista.

Pero tal como era y se daba á conocer, Lutero era hombre capaz para enarbolar la bandera de una lucha á vida ó muerte contra Roma y pelear cuerpo á cuerpo con el coloso del papismo;



LUTERO EN EL CASTILLO DE WARBURG

sólo temia á Dios y al diablo, pero no conocia el miedo á los hombres. Su progreso en el camino de la rebelion antipapista fué en un principio algo lento, casi tímido. Varias veces estuvo en manos de los partidarios de Roma el hacer que retrocediera el rebelde, ó cuando ménos el detenerle en su camino. Pero á medida que las disposiciones de los adversarios del atrevido fraile aumentaban en perversidad, terquedad y odio, sus proporciones se acrecentaban hasta llegar á las de un héroe. En 1521 alcanzó el verdadero apogeo de su grandeza personal y de su importancia histórica; entónces hizo en un sencillo carro de labrador su heróico viaje á Worms para presentarse al emperador y al imperio y para defender y justificar su doctrina. Cuando al pasar por Leipzig algunos amigos cuidadosos le advirtieron diciéndole que para él podria alzarse en Worms una hoguera, lo mismo que ántes se habia alzado una para Huss, contestó:

«Aunque entre esta ciudad y Worms encendieran una pira que llegase hasta el cielo, quiero á pesar de eso proseguir mi camino para pisar los dientes de Behemoth.» Ya en camino, se presentó tambien como predicador popular de gran estilo, precisamente en Moera, pueblo cerca de Eisenach, del cual eran oriundos sus antepasados. Colocándose bajo el tilo de la aldea explicó la doctrina evangélica á una innumerable multitud que de cerca y de léjos habia acudido para oírle; refirió además por qué y con qué derecho se habia rebelado contra el «poder anticristiano» del papa romano. Este sermon popular bajo el tilo de la aldea de Moera, consi-



EL EMPERADOR CÁRLOS V DE ALEMANIA, I DE ESPAÑA

derado desde el punto de vista humano, es uno de los actos más importantes de la vida de Lutero. Otro no ménos trascendental aconteció en 13 de junio de 1525, cuando el reformador se casó con su Kaethe (Catalina); este acto significaba la solucion práctica de la oposicion teórica contra el celibato, tan contrario á la naturaleza, y la restitucion del sacerdote al seno de la familia. Cuatro años despues se representó en Marburgo una escena que, tanto bajo el punto de vista humano, como cristiano y político, fué una vergüenza para el reformador; tratábase en esta «disputa religiosa,» segun todo el mundo sabe, del arreglo de las cuestiones entre luteranos y zwinglianos respecto á la comunion, cuestion comprendida por Lutero en el sentido estricto y literal de las palabras de la Biblia. Zwinglio, que habia dirigido, miétras tanto, en la Suiza alemana, con tanto valor y habilidad, la lucha contra Roma adelantando en su reforma de un modo notable, demostróse superior á Lutero en espíritu, saber y método dialéctico, pues hizo todo lo que su conciencia le permitió para impedir una ruptura entre los



reformados alemanes y suizos. Lutero, sin embargo, no sólo rehuyó toda conciliación, sino que completó con la más perversa intención la lamentable ruptura, lanzando con la brutalidad propia de un labrador tenaz en su infalibilidad é inaccesible en sus opiniones, aquellas palabras: «Vosotros no poseéis el verdadero espíritu,» lenguaje propio solamente de un sacerdote ortodoxo. Fácilmente se puede ver que en los dos reformadores, que á la sazón (1529), en la conferencia de Marburgo, se separaron para siempre, se caracteriza la diferencia existente entre el pueblo meridional y septentrional de Alemania: de aquí la habilidad y atrevimiento de Zwinglio, y de aquí la tenacidad y la constancia de Lutero. Aquel era un hombre radical, este un conservador que, calculando con mucha diplomacia, creía hacer más agradable su trabajo reformador á los príncipes alemanes y á los magistrados de las ciudades, conservando en doctrina y culto todo cuanto pudo de la antigua Iglesia. Este cálculo no dejaba de ser fundado, pues la costumbre es una segunda naturaleza. El carácter conservador del luteranismo contribuyó sin duda á la rápida propagación del mismo. Otras causas poderosas eran la aversión nacional de los alemanes al romanismo, la repugnancia á la explotación de que eran víctimas, el deseo de un sinnúmero de hombres sensibles y pensadores de tener más perfecto conocimiento de la religión y evitar las manifestaciones semi-paganas del culto externo, y por último, el inmenso botín que la abolición de conventos y obispados y el secuestro de los bienes eclesiásticos debía proporcionar al tesoro de los príncipes y ciudades. El interés, en la acepción más común y efectiva de la palabra, ha representado un importantísimo papel también en la Reforma, como en todas las crisis y catástrofes de la historia universal. Y en general sólo un optimismo superficial é ilusorio puede creer y pretender que las masas hayan pasado por impulso interior de la antigua á la nueva Iglesia; la inclinación interior y la convicción independiente sólo existían y obraban en una pequeña minoría. La gran masa, sin embargo, seguía la moda de la Reforma, como ántes había seguido la moda de las Cruzadas y de las expediciones de flagelantes, y no pocos, sino por el contrario muchísimos hombres, confesaban, no por su salvación eterna, sino por su interés terrenal, la nueva doctrina. La influencia de los instintos más bajos tampoco dejaba de sentirse; sobre todo, un número bastante considerable de habitantes de ambos sexos de los conventos abolidos consideraban la confesión del luteranismo como un privilegio para todos los desórdenes, y no fué solamente en Nuremberg, de cuya ciudad refiere un hecho ruidoso el contemporáneo y cronista Antonio Kreutzer, donde se dieron casos harto deplorables por parte de los que abjuraban sus votos.

Mientras tanto la agitación había cundido entre todas las clases de la población del imperio alemán, ya en sentido atractivo ó repulsivo: la cuestión se hallaba reducida á saber si sería bastante poderosa para arrastrar ó no tras sí á todos los elementos contrarios. El *sí* ó el *no* dependían, dado el estado de las cosas, del jefe del imperio, es decir, del emperador. Raras veces los alemanes, cuando ménos los caballeros, ciudadanos y labradores, habían saludado con tan alegres esperanzas á un emperador á su advenimiento al trono, como lo hicieron con el nieto de Maximiliano, Carlos V; y raras veces también las esperanzas de un pueblo han salido tan frustradas como esta. El emperador de los alemanes era y continuaba siendo extranjero en Alemania; medio walón y medio español, despreciaba así la lengua alemana, que sólo sabía hablar mal en el dialecto flamenco, como también á todo lo alemán. Sus dotes natu-

rales y la educación española sobrado devota le habían hecho incapaz de comprender y de sentir el pensamiento fundamental de la Reforma, al que eran por consiguiente ajenos su espíritu y su corazón. No era partidario fanático de la Iglesia romana: demasiado frío para poder ser fanático, no vaciló en sitiarse al papa en Roma y en abandonar á la «capital del cristianismo», después de su conquista, á todos los horrores de la guerra cuando ésto convino á sus intereses. Pero instintivamente adivinaba el germen de la libertad contenido en el principio de la Reforma, y no titubeaba en aniquilarle hasta donde le fuera dado. Era lo que hoy se llama

un político realista, pero político realista del siglo XVI; lo que comprendía, creía y manejaba, fué siempre consecuencia de aquella mezcla de astucia diplomática, sagacidad y falta de escrúpulo que se llamaba la «práctica italiana,» porque este arte político que tan poco sabía y quería saber de los ideales de los pueblos, como fundado sólo en el egoísmo dinástico, había recibido en las cortes italianas su desarrollo hasta rayar en el crimen. Un político de esta clase, un absolutista que reconocía muy á su grado la utilidad del dogma de la autoridad romana para el sistema que apadrinaba, y que además quería asegurarse la alianza de la sede papal contra Francisco de Francia en la lucha entre la casa de Habsburgo y la de Valois-Borbon, un príncipe á quien Alemania, como tal, era del todo indiferente y que sólo pensaba en la grandeza de su casa y en el poder de España, ¿cómo hubiera podido proteger la Reforma? Era imposible. El edicto imperial de proscripción que en abril de 1521 pronunció en Worms contra Lutero, demostró que nada podía esperarse del emperador para la Reforma y señaló la separación del imperio en una Alemania católica y otra protestante.

Esta separación no se hizo esperar mucho. La circunstancia de que el elector Federico de Sajonia protegía al fraile excomulgado y proscrito, que el landgrave Felipe de Hesse y otros grandes del imperio, así como ciudades y aldeas enteras, confesaban abiertamente el Evangelio, demostraba claramente la escasa influencia que ejercían ya en una gran parte de Alemania, la excomunión pontificia y la proscripción imperial. La tempestad que se había desatado en esta época era una de aquellas que impulsan el desarrollo histórico, y por lo tanto que no pueden dominarse, aun cuando para hacerlas frente se recurra inútilmente á decretos soberanos y á medidas violentas. Pero las fuerzas que á la tempestad de la época se oponían, la autoridad papal y el poder imperial, eran, en unión con los príncipes alemanes que permanecían fieles á la Iglesia antigua, bastante fuertes para impedir que esta tempestad pudiera desplegar



FRANCISCO DE SICKINGEN





ÚLTIMOS MOMENTOS DE HUTTEN

del todo sus alas. Esto se vió evidentemente cuando los partidarios de conservar lo existente en el Estado y la Iglesia hicieron fracasar las diferentes tentativas emprendidas para dar nuevo vigor al movimiento religioso, así en el concepto nacional como social. De ello nos ofrece un ejemplo la tentativa efectuada por la caballería del imperio, la baja nobleza, para lograr desde el sudoeste de Alemania un cambio que tendiera á una limitación del poder particularista de los príncipes y á la propagación de la reforma eclesiástica. El jefe de esta empresa fué el tan célebre y estimado caballero Francisco de Sickingen, el primero que introdujo en su castillo de Ebernburgo el culto según el ritual luterano-evangélico: su amigo Hutten

apoyó la atrevida empresa con todo el fuego de su alma patriótica. Lutero en cambio, al cual Sickingen había ofrecido generosamente su protección, no quiso entender en este asunto, sancionando con esta reserva su opinión declarada con energía en todas ocasiones, es decir, la obediencia pasiva del verdadero cristiano. («Un cristiano no es otra cosa que un ser pasivo, nacido sólo para sufrir.» «El cristiano debe dejarse aniquilar, descuartizar si es preciso, sin intentar la más mínima resistencia. No le importan nada las cosas mundanas; debe dejar á su contrario que robe, veje, oprima, esquilme, atropelle y haga cuanto quiera; pues el cristiano



MISERIA DE LA POBLACION RURAL

es un mártir en esta vida»). Abandonado así por aquel de quien se había prometido el mejor auxilio, Sickingen pereció. Y defendiendo valerosamente su castillo de Landstuhl contra los ejércitos reunidos del conde Palatino, del landgrave de Hesse y del elector de Tréveris, cayó herido mortalmente y murió al siguiente día (mayo de 1523). Sus adversarios victoriosos rodearon su lecho de muerte, y como uno de ellos se atreviese á dirigirle una palabra de consuelo, contestó: «Esto no vale la pena; no soy yo el gallo por el cual se baila,» dando á entender así, que su persona y su suerte eran de poca importancia comparadas con el objeto por el cual habían luchado. Al lado del sepulcro del «último caballero», como puede llamarse á Sickingen con más razón que al emperador Maximiliano, pronunció uno de sus deudos estas palabras que pueden considerarse como un elogio fúnebre: «Tuvo un corazón varonil, honrado y enérgico y le conservó hasta la hora de su muerte». Hutten, al cual la enemistad de sus adversarios dentro de la misma Reforma había obligado á refugiarse como proscrito, á la otra orilla del Rin, recibió en el convento agustino de Mulhausen donde había encontrado un corto intervalo de descanso, la noticia del fin de su amigo, noticia que para él equivalía á la pérdida de su última esperanza. Poco después se vió precisado, según refiere Erasmo, con la malicia